

092. La recompensa de Tobit

Otra vez Tobías. Y es que ese libro de Tobit, curado por su hijo Tobías, es bello porque sí. Diríamos que, dentro de la Biblia, el edificante libro de Tobit es el libro de la familia, donde campea el amor de una manera tan esplendorosa, recompensa de Dios a una vida del todo fiel. Hoy nos vamos a fijar en la curación de la ceguera: *¡Te veo, hijo mío, te veo!*

Tobías, acompañado siempre de Rafael, el Ángel de Dios que nadie acababa de reconocer, se acercaba ya a Nínive, donde su madre no aguantaba más el dolor por la partida de su hijo:

- *¡Mi hijo ha muerto, ya no vive!, se decía llorando. ¡Ay, hijo mío, luz de mis ojos! ¡Ay de mí! ¿Por qué te dejé marchar?...*

Tobit, ciego desde que aquellos pájaros se la jugaron tan seria, tenía más confianza:

- *¡Calla, mujer, y no hables así! Nuestro hijo está sano. Tenía muchas cosas que hacer allí, y, además, aquel hombre magnífico que se fue con él, es de toda confianza y no nos puede fallar. No tengas pena, mujer, que pronto llegará.*

El corazón le decía al padre más que los ojos. La madre, impaciente, salía siempre a la terraza y miraba, miraba lejos... Hasta que un día se le sobresaltó el corazón, y lanzó un grito a su marido:

- *¡Es él! ¡Por fuerza es él!... Su mismo andar, sus mismos gestos, el mismo hombre que le acompañó...*

Tobit se levantó, y, a tientas, agarrándose a las paredes, avanzaba con pasos vacilantes, porque la madre, reventando de felicidad, y sin ayudar a su marido ni llevarlo consigo, salió al encuentro del hijo, se le echó al cuello, se lo comía a besos, mientras le decía enloquecida:

- *¡Te he vuelto a ver, hijo mío, te he vuelto a ver! Ya me puedo morir...*

Tobías venía bien instruido por Rafael:

- *No pierdas un instante. Apenas veas a tu padre, tomas la hiel del pez, le restriegas bien los ojos, pues apenas sienta el escozor se echará las manos sobre las escamas, las cuales se le caerán de inmediato.*

Todo sucedió puntualmente. Por todo saludo, Tobías se limitó a decir:

- *¡Ánimo, padre! Le frota fuerte los ojos, se le caen de los lagrimales aquellas escamas blancas, y el pobre viejo empieza a gritar:*

- *¡Te veo, hijo mío, te veo, luz de mis ojos!...*

Tobías, el hijo, les guarda a su padre y a su madre la gran sorpresa:

- *¿Me ven?... Sí, pero no ven lo que viene detrás. Yo y mi acompañante —¡que se ha portado tan bien durante todo el viaje!—, nos hemos adelantado a la comitiva. Traigo el dinero que nos debían, pues lo pude cobrar todo. Ragüel tu pariente me ha entregado rebaños, bueyes y ovejas, criados y criadas, que ya están llegando detrás de nosotros. Me ha entregado, sobre todo, a Sara, su hija, con la que me he casado, y que pronto vais a ver...*

Tobit no se aguantó más y salió corriendo hasta las puertas de la ciudad para recibir a su nuera, a la que colmó de bendiciones:

- *¡Bienvenida seas, hija mía, y bendito sea Dios que te ha traído hasta nosotros! Entra en buena hora a tu casa con bendición y alegría. Entra, hija, entra.*

Toda la colonia judía de Nínive se alborotó. Tobit, tan respetado, pero también tan calumniado y hasta perseguido por sus obras de misericordia, el que enterraba de

escondidas a los muertos, el que recibió lo que ellos consideraban un castigo de Dios con la ceguera, ahora estaba curado y se veía enriquecido sobre manera. Todos enmudecían, y todos estallaron después en bendiciones a Dios, que de manera tan espléndida pagaba la virtud.

Tobit, cargado de años, dictó a Tobías y nietos su testamento, lleno de sabiduría celestial:

- *Hijos míos, esto es lo que yo os mando: Servid a Dios sinceramente, y haced lo que le agrada. Inculcad a vuestros hijos que practiquen la justicia y den limosna, que se acuerden de Dios y en todo tiempo bendigan sinceramente su nombre con todas sus fuerzas.*

¿Dónde está el mensaje perenne del libro de Tobías, uno de los más tiernos de toda la Biblia? Tobit era un desterrado del reino de Israel. En Nínive, reinaba la más ciega idolatría, la inmoralidad más degradante, y en ella se acomodaban los judíos deportados a las costumbres paganas de los vencedores, apostatando cobardemente de su Dios.

Tobit no se rinde. No tiene miedo. No se aparta de su Dios. Es fiel a Yavé en medio de la apostasía general de sus paisanos. Lleva una vida ejemplar, aunque la moral de los demás se arrastre por los suelos. Reza siempre a su Dios, acordándose continuamente de Jerusalén. No acepta más mujer que a su propia esposa. Observa las costumbres impuestas por la ley sobre los manjares prohibidos.

Pero, sobre todo, practica la misericordia con los necesitados. Y, más que nada, con los que han muerto y quedan tendidos en la calle, sin que nadie se atreva a enterrarlos dignamente, pues tenía pena de muerte quien lo hiciera.

Tobit, obrando así, era el hombre de fe en el Dios de Israel. El que podía decir: *¡Yo no me avergüenzo de mi Dios!* Y Dios, naturalmente, aunque le probó con severidad, lo cuidó siempre con verdadero mimo...

Mensaje como éste, vale hoy para nosotros, cristianos, como valió antiguamente para los judíos.

Solamente es digno de Dios quien toma la Ley divina como norma suprema de todo su proceder.

Las bendiciones de Dios las expresaba la mentalidad judía con la abundancia de bienes materiales dentro de la felicidad familiar. No estaba mal.

Pero la mentalidad cristiana sueña en algo superior. En aquello que Teresa expresó con sus versos inmortales: *Quien a Dios tiene, nada le falta: sólo Dios basta.*